

Inventar el futuro: de la fuerza a la palabra

Revista *Temas*

*“Tenemos la capacidad de lograr el mundo que deseamos
si tenemos el valor de emprender un nuevo comienzo”.*

*Barack. H.Obama,
El Cairo, 4 de junio de 2009.*

Hace años escribí un libro titulado *“Memoria del futuro”* en el que hacía hincapié en la acuciante necesidad de dedicar la mayor parte de nuestras energías y esfuerzos a lo que todavía podemos transformar. El pasado ya está escrito. El porvenir depende de nosotros. Podemos y debemos *“inventar el futuro”*...

A base de tener demasiado presente el pasado, los horizontes se reducen y ensombrecen, y la inercia -nuestro gran enemigo- lo domina todo. La evolución se paraliza y se favorece el desgarró, la ruptura, la revolución. Por pensar demasiado en uno mismo y poco en los demás, demasiado en lo que sucede y no en lo que debería suceder, hemos retrocedido en aspectos esenciales, y nos hemos dejado arrastrar por el vendaval de lo inmediato y superfluo. En los espejos del pasado nos vemos mucho a nosotros mismos y poco a los demás.

Desde el origen de los tiempos, en sociedades en las que el poder se hallaba normalmente en manos de los hombres, la razón de la fuerza ha prevalecido sobre la fuerza de la razón. Se ha aplicado siempre, como supuesto indiscutible, el más perverso de los proverbios: *“Si quieres la*

paz, prepara la guerra". Llega ahora el momento de sustituirlo, a escala mundial, por "Si quieres la paz, ayuda a construirla con tu comportamiento cotidiano". Que nadie deje de hacer algo, por poco que sea, porque el gran paso que hay que dar es la suma de muchísimos pequeños pasos. Hoy, por fin, con la mujer incorporada paulatinamente al proceso de toma de decisiones, ya es posible el imposible sueño de emancipación de la humanidad. La nueva paz se originará en el espacio "digital". La inaplazable transición desde la fuerza a la palabra, desde una cultura de imposición, dominio y violencia a una cultura de encuentro, diálogo, conciliación y paz tendrá lugar en el ciberespacio.

Debemos tener presente el futuro, y participar –ahora, muy especialmente, que la tecnología de las comunicaciones lo hace posible– en todas las cuestiones que nos conciernen, y dejar de ser espectadores pasivos y resignados, fortaleciendo el pluralismo y evitando los abusos partidistas y el absolutismo de las mayorías parlamentarias.

Es esta nueva ciudadanía la que será capaz de movilizarse, con firmeza pero sin violencia, en favor de la igual dignidad humana y reducir primero y luego eliminar las asimetrías sociales, las flagrantes injusticias de un sistema de gobernación mundial que permite que mueran cada día miles de personas de hambre, de desamor y de olvido, al tiempo que se invierten más de 4.000 millones de dólares en armas. La razón de la fuerza, alentada por la colosal maquinaria bélico-industrial que, desde las lanzas hasta las ojivas nucleares, obtiene pingües beneficios de la dinámica que resulta de preparar la guerra para asegurar la paz, debe dar paso a la razón, a la benevolencia. Lo cierto es que día y noche

continuamos entrenándonos para la confrontación mientras seguimos sin prepararnos para la paz y, en consecuencia, no sabemos cómo alcanzarla. Nos la deseamos permanentemente - “salam”, “shalom”, “la paz sea contigo” - para, acto seguido, pelearnos. La paz se convierte así en pausa, en intervalo, de la guerra.

Si quieres la paz, ayuda a construirla cada día. La paz como comportamiento cotidiano. Favorecer la transición desde una cultura de fuerza e imposición a una cultura de diálogo, entendimiento, paz. “No hay caminos para la paz; la paz es el camino”, nos recordó el Mahatma Gandhi. Un camino guiado por principios y valores. Por la justicia en primer lugar. La paz es, a la vez, condición y resultado, semilla y fruto. Es necesario identificar las causas de los conflictos para poder prevenirlos. Evitar es la mayor victoria. Por ello, es indispensable disponer de unas Naciones Unidas que, con los adecuados recursos humanos y materiales, pueda llevar a cabo la misión que se le encomendó en San Francisco en 1945: “Nosotros, los pueblos, hemos decidido evitar a las generaciones venideras el horror de la guerra”. Conocer para prever, prever para prevenir.

Para pasar de una época de cambios a un cambio de época es imprescindible que se produzca la reacción de la sociedad, que ya no puede permanecer impasible, espectadora, testigo de lo que sucede, sino que tiene que participar, activamente, para que los gobiernos sean auténticamente democráticos, es decir, actúen en virtud de la voluntad mayoritaria de los ciudadanos y escuchen y respeten todas las opiniones. No me canso de repetir la importancia que tuvo, al término de la terrible

Segunda Guerra Mundial, que la Carta de las Naciones Unidas -sólo las Naciones Unidas podían hacer frente a los inmensos retos de toda índole que tenía que afrontar la humanidad en aquellos momentos- iniciara su preámbulo de este modo: “Nosotros, los pueblos...”. Estaba claro que eran *los pueblos* los que debían construir la paz a través de sus representantes genuinos. Y hacerlo en virtud del supremo compromiso contraído con todos los seres humanos.

Unamos nuestras voces para conseguir unas Naciones Unidas realmente representativas de “Nosotros, los pueblos”... Unas Naciones Unidas de tal naturaleza, que con todo el sistema de instituciones que representa, incluyendo desde luego el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y la Organización Mundial del Comercio, pueda garantizar a escala internacional el cumplimiento de los acuerdos económicos, sociales, medioambientales, culturales y éticos. Y donde, todos juntos, hagamos frente con la adecuada visión prospectiva a los grandes desafíos de la humanidad: energía, agua, nutrición, salud... Un multilateralismo democrático, dotado de los recursos personales, financieros, técnicos y de defensa precisos para el eficiente cumplimiento de su misión, única solución a la deriva neoliberal y plutocrática que estamos viviendo. Al Consejo de Seguridad Territorial actual debería añadirse un Consejo de Seguridad Socioeconómico y otro Medioambiental. Y, desde luego, a la representación de los Estados (50%) debería añadirse una igual representación de la sociedad civil.

Andamos distraídos, ocupados en exceso en cosas urgentes y secundarias, y preocupados por noticias que, con frecuencia progresiva, proporcionan

una visión incompleta y altisonante, cuando no sesgada, de la realidad. El resultado neto es que somos receptores, espectadores pasivos, resignados a ver “qué pasa”, “qué hacen”... . Ante la confusión conceptual actual, en un mundo que sufre las consecuencias de que se hayan sustituido los valores universales por las leyes de mercado y en el que las asimetrías de todo orden no cesan de incrementarse, es apremiante que, pacíficamente, se produzca un gran clamor popular que, por su extensión y firmeza, logre corregir las tendencias presentes que representan unos horizontes tan sombríos para las generaciones futuras.

Que las generaciones que llegan a un paso de nosotros no nos acusen de silencio cuando tan perentoria es nuestra voz. En pie de paz, infatigables en la resistencia, a favor de la democracia auténtica. Que nunca puedan decirnos: “Esperábamos vuestra voz. Y no llegó”. El silencio puede llegar a ser delito.

¡Cuántas cosas cambiarían si tuviéramos presente el futuro al adoptar decisiones, al formular opiniones, al dirigir nuestra vida! Si nuestro comportamiento tuviera menos en cuenta lo inmediato, el entorno, el pasado, los ojos que nos miran ahora... Si recordásemos que el ayer y el hoy no podemos modificarlos, y que sólo el mañana es nuestro compromiso, podríamos reorientar muchos rumbos. Tener presente el futuro es el gran desafío. El por-venir está toda todavía por-hacer.

Ya lo advirtió Martín Luther King: “Nuestras vidas empiezan a acabarse el día que guardamos silencio sobre las cosas que realmente importan”. En el pasado español, Quevedo – “No he de callar por más que con el dedo

...” y Garcilaso de la Vega – “Yo que tanto callar ya no podía”... , expresaron el deber de hablar. En mi experiencia – lo he comentado en muchas ocasiones – hay un silencio peor que el de los silenciados, de los que no hablan porque no pueden o no saben: es el silencio de los silenciosos, de los que callan pudiendo y debiendo hablar. Y, así, la “voz que pudo ser remedio, por miedo no fue nada”.

El peor de los silencios es el institucional. El que guardan entidades que, por su propia naturaleza, conocen los temas y no deberían dejar pasar la oportunidad de expresarse. Las universidades, las academias, la comunidad científica... deberían estar particularmente atentas, sobre todo cuando se trata de cuestiones que pueden conducir a situaciones potencialmente irreversibles. Los patólogos – médicos, biólogos moleculares, sociales, etc. – saben bien que no sólo hay que aplicar el tratamiento adecuado sino que hay que hacerlo antes de que el proceso que se trata de corregir haya alcanzado un punto de no retorno. Entonces, el mejor correctivo es totalmente ineficaz. La única solución para la transición de la fuerza a la palabra pasa por no ser indiferentes y alzar la voz.

¡Tener presente el futuro! Sólo así, las generaciones actuales, que han aprendido las transformaciones de hondo calado que han acaecido en muy pocos años (en cuanto a demografía, globalidad, interdependencia, ciudadanía participativa...) podrán pasar airoosamente el testigo del relevo a sus hijos –los hijos no tienen apellidos ni faltas- diciéndoles al oído: “Estamos iniciando una nueva era. La de la gente. La de la voz de todos. El secreto radica en compartir mejor. Y en mirar hacia delante”.

Lo último que yo desearía es que alguno de nuestros descendientes volviera la vista atrás y –como Albert Camus - nos despreciara porque pudiendo tanto nos atrevimos a tan poco. Tenemos que atrevernos a buscar juntos soluciones alternativas y nuevas maneras de abordar y gestionar los retos del mundo. Ser diversos es nuestra riqueza, actuar unidos será nuestra fuerza. Frente a la imposición y la arbitrariedad, fuentes de tantos conflictos, la conversación y el entendimiento. Frente a una cultura de predominio, una cultura de conciliación y de paz.

“Todos los seres humanos iguales en dignidad”: ésta es la clave –tan lúcidamente establecida en la Constitución de la UNESCO y la Declaración Universal de los Derechos Humanos- para entrar en la nueva era. Todos los seres humanos capaces de crear, de imaginar, de inventar, de emprender este nuevo comienzo siendo conscientes de que disponemos de las capacidades y voluntad requeridas. Y entonces, frente a los que sigan anclados en el pasado y en sus privilegios, frente a los escépticos y pusilánimes, se iniciará el cambio que anhelamos, este otro mundo de nuestros sueños. Con serenidad, porque sabemos que podemos. Como tan bellamente lo expresó Salvador Díaz Mirón: “El ave canta aunque la rama cruja porque conoce la fuerza de sus alas”.

No cabe duda de que la capacidad de expresarse libremente y la equidad de género constituyen, junto con la conciencia global, los mejores augurios para los cambios radicales que podrían significar, en los albores de siglo y de milenio, el comienzo de una nueva era.

Federico Mayor Zaragoza

Septiembre de 2019.